

DATOS PARA LA HISTORIA DE LAS RELACIONES HISPANO-INGLESAS

I. LOS SIGLOS XVI Y XVII.

La historia de las relaciones hispano-inglesas no es más que un capítulo de la general de España e Inglaterra. Todo intento de dissociarla de ese tronco general nos dejará en las manos una rama muerta y sin valor. Una justa estimación exigiría seguirla cuidadosamente, anotar cuantos acontecimientos vinieron a modificarla en uno u otro sentido, cuantos otros se opusieron a que adquirieran el perfil peculiar con que hoy se nos aparecen. Los enjuiciamientos ajenos son arduos y justificadamente exagerados muchas veces, ya que la fuente de esta exageración no es otra sino el amor patrio.

Los límites nos los impondrá el respeto a la verdad, y tanta mayor garantía de acierto tendrá nuestro amor a la Patria cuanto más honradamente se base en la verdad de lo que ha constituido su historia; es lo único que puede curarnos de errores, y en ello sí que cabe un nobilísimo, un justo apasionamiento. Por

mucho que la verdad desvanezca aquellas ilusiones que nos son más caras, acabará compensándonos, por otro lado, con la abundancia de bienes que constituyen su naturaleza misma. En juicios como los que entraña el presente artículo hay el peligro del agravio que implica siempre una visión global o de olvidar el bosque por no haber atendido sino al árbol. No siempre se está seguro de haber evitado uno u otro peligro. Nosotros vemos siempre y justamente lo nuestro como primordial; posición que nos lleva a desconocer la que ocupa en el juicio de los demás; los choques de enjuiciamiento y los contrastes son fatales. Lo ajeno no nos viene nunca aislado como materia de juicio o de pasión: nos viene unido con otros accidentes exteriores que se influyen y modifican entre sí. Cuando pensamos en actitudes frente a otras naciones, las vemos de un modo unilateral, porque si no las viéramos así no seríamos nosotros: seríamos nosotros y los otros. Tampoco es fácil el cálculo del peso que nuestra querrela pueda tener en el país objeto de la relación; es evidente que tal consideración está en proporción directa con nuestra importancia absoluta, y que cuanto mayor sea nuestra debilidad, más englobada irá dicha consideración con la de otras posiciones afines igualmente débiles y que sólo afectan de una manera secundaria al país poderoso. Las relaciones hispano-inglesas tuvieron importancia para Inglaterra cuando de esas relaciones dependía primordial e inmediatamente el porvenir inglés. Después estas relaciones formaron en un cuerpo general y estaban supeditadas a mil circunstancias ajenas a nosotros, y que por una serie de complicaciones acababan, influyendo poderosamente en ellas. La consideración antecedente nos llevaría a dese-

char toda causa trascendental, honda, como motora de ciertas actitudes. Y, sin embargo, lo cierto es lo contrario. Lo accidental es precisamente el englobamiento a que aludíamos arriba; en cuanto deja de existir una posición débil por una de las partes, surgirá la antigua diferencia, alimentada transitoriamente por razones inmediatas de orden práctico, en realidad, por otro tipo de corrientes, por las religiosas, que son las únicas que mueven la historia.

En la historia se dan confluencias peligrosísimas que hacen temblar el edificio de una lógica en su transcurso; acontecimientos que si, por lo pronto, no atribuímos a la maldita casualidad, no tenemos a qué atribuirlos; hechos aparentemente triviales, que vistos *a posteriori* nos inducen a creer en la mala o buena suerte de los países. ¿Qué duda cabe de que el hecho de ser Inglaterra insular influyó considerablemente en su intervención en nuestra historia, que nos llevaba a descubrir un continente por los mismos años en que ser isla y tal isla iba a tener una importancia primordial? En esta encrucijada nos encontramos seriamente, y desde entonces hemos mantenido hoscó el ceño. Pero esto, con ser importante, no es fundamental. ¿A qué se debió que ese choque en el campo de la tierra correspondiera con otro que tenía lugar en los campos celestiales? Fué la irrupción tremenda de una revolución religiosa la que alimentó con sus fuerzas las de aquellas flechas disparadas la una contra la otra. Después de todo, las tierras se dividen y se reparten, las herencias se acoplan, los pleitos temporales acaban; lo que no admite conciliación son dos direcciones opuestas que están continuamente alejándose para hallarse siempre y de una manera fatal en posición de choque.

La gran encrucijada de donde han salido todos los caminos que nos trajeron a estos lodos se halla en el siglo xvi. Allí desembocaron y se confundieron una serie de corrientes que luego habrían de individualizarse, cobrando cada una su forma y perfil peculiares y que habrían de traernos a otra encrucijada, esta que nos ha tocado vivir, donde tanta confusión y tan poca luz se advierte. En aquella encrucijada hay, pues, que buscar las fuentes inmediatas de las relaciones entre Inglaterra y España, todavía revueltas y confusas, inseguras y como a la expectativa en los comienzos del siglo, perfilándose luego a medida que éste avanzaba, con altibajos que hacían pensar en la posibilidad de soluciones diversas, hasta cobrar cuerpo a sus finales y reposar angustiosamente en los comienzos del xvii.

La moderna conciencia inglesa de España comienza a despuntar en el reinado de Enrique VIII. Enlaces dinásticos y tratos políticos acercan y alejan alternativamente a los dos países. España se había adelantado a Inglaterra, y en ésta existía una visión provinciana y temerosa de nuestro país y de nuestros designios. He aquí un texto de tiempos de María Tudor que parece bien significativo: "Aparentan ser (los españoles) muy discretos y políticos y pueden conformar su prudencia, reformar y controlar sus propias naturalezas durante cierto tiempo y adaptar su condición a las maneras de aquellos con quienes gustosamente se mezclan en amistad y cuyos traidores modos no llegará nadie a entender hasta que se halle sujeto a ellos; pero entonces los sentirán y percibirán, cosa que pido a Dios Inglaterra nunca haga, porque en disimulo hasta que consiguieren sus propósitos, y en opresión y tira-

nía cuando los han conseguido, exceden a todas las naciones de la tierra" (1). Inglaterra había llegado tarde y se pasó el siglo recuperando el tiempo perdido. Y esto en todos los campos: en los del mar y en los de los libros. La explicación de la estupenda época isabelina, con su tráfigo increíble, sería la de la prisa; una prisa en todos los órdenes, una angustia continua que iba transformándose en lograda esperanza, en seguridad y dominio a medida que los años pasaban. Llegaron tarde a los caminos del mar y hubieron de contentarse con despojos, que autorizaban bajo cuerda. Carecían de instrumentos adecuados para semejantes empresas, tales como libros de navegación o artes aplicadas, y ya estaban traduciendo afanosamente de donde lo encontraban, de nuestros clásicos en la materia, singularmente de los libros que las contenían. Como dice Underhill, "los isabelinos tomaban sus materiales donde los encontraban" (2), o más gráficamente, la Historia de la Literatura Inglesa de Cambridge: "los traductores de la época isabelina perseguían su arte en el espíritu de audaz aventura que animaba a Drake y Hawkins" (3). El contraste entre los dos países que se nota en la novela de ambos en aquella época es curioso. Si tomamos como término comparativo el *Lasarillo* con cualquiera de las novelas, si así pueden llamarse, de Thomas Deloney, tenemos, por una parte, el caso de una novela avanzadísima, técnicamente hablando, que nos refleja una sociedad que

(1) Quotation from a memorial addressed to Queen Mary, citado por Macaulay en sus *Critical and Historical Essays*.

(2) *Spanish Literature in the England of the Tudors*, por J. G. Underhill, pág. 361.

(3) *Cambridge History of English Literature*, IV, I.

no se caracterizaba por su alegre abundancia; lo primero que nos llama la atención es ese contraste entre el mundo reflejado y el instrumento, prosa y técnica bien formadas. Justamente la contraria será la impresión que Deloney nos produzca; el mundo de Deloney es un mundo feliz, de posadas bien repletas y de gentes orondas, que resaltan tanto más cuanto más pobre es el instrumento empleado para describirlo. El contraste de los mundos descritos es tan grande como el de los instrumentos. Esta es, con todo, una generalización que no se puede llevar demasiado lejos si pensamos en el glorioso teatro isabelino.

Inglaterra seguía actuando casi medievalmente cuando el mundo se iba dejando bien atrás la Edad Media. Sin darle al hecho más que un valor relativo, es curioso observar que la persistencia de ciertas instituciones, como la parlamentaria en Inglaterra, cuando el resto de Europa ensayaba nuevos instrumentos más sutiles y adaptados a la coyuntura histórica, no parece denotar otra cosa. Los descubrimientos la cogieron de sorpresa. Mientras portugueses y españoles se entregaban de lleno a la gran aventura oceánica, Inglaterra se reconcomía por las pérdidas de sus posesiones francesas, "ciega al hecho de que por aquellos oscuros viajes de los portugueses un hada buena había de colocar su remota isla en el centro del mundo habitado". Las alternativas exteriores y ruidosas de las relaciones hispano-inglesas en la época son conocidas; los flujos y reflujos a nuestro favor y en nuestra contra fueron varios; pero desde el advenimiento de Isabel las cosas tuvieron poca duda. De la frustrada posibilidad que a nuestro favor supuso el reinado de María Tudor y de lo hondo que calaba la visión es-

pañola del momento, da buena idea el testimonio de Jewell citado en las *Cartas de Zurich*: "Nuestras Universidades han sido tan oprimidas y arruinadas que en Oxford no hay apenas dos personas que piensen como nosotros, e incluso éstos se hallan con el espíritu tan bajo y quebrantado, que no pueden hacer nada. Ese despreciable fraile Soto y otro fraile español, no sé cuál, han arrancado por las mismas raíces todo lo que Pedro Martyr había sembrado tan en sazón, que han convertido en desierto la viña del Señor." Pero las cosas estaban escritas de otro modo. Lo que Soto y el otro fraile español pudieron hacer no duró mucho. Presto su siembra habría de verse aventada por un temporal más fuerte que el levantado por ellos. Pronto iban a tomar cuerpo las dos actitudes irreconciliables. En una curiosa traducción, de entre las muchas de nuestros ascéticos españoles que se hicieron en Inglaterra por aquellos tiempos, hay una del Padre Estella, que traduce un protestante, Thomas Rogers, y donde existe un índice final en el que el traductor arroja los errores de los cuales hubo de expurgar el libro; mi sorpresa no fué pequeña cuando advertí que el bueno de Rogers consideraba como error y arrojaba en aquel infeccioso lugar aquellas afirmaciones que consideraba socialmente lesivas y que en su mayoría se referían al uso de las riquezas, a su naturaleza y a los obstáculos que se oponían para gozar la vida eterna. Así, cuando santamente Estella, que no se andaba con chiquitas, decía: "Si quieres subir al cielo tienes que renunciar a todas las riquezas", Rogers subrayaba ese "todas", dejaba un justo medio, asustado de lo que consideraba anárquico radicalismo de nuestro franciscano y del germen disolvente que en un plano práctico

tendrían sus apasionadas exhortaciones (4). Esto no es más que un síntoma de una línea divisoria, debajo de la que corre muy honda diferencia. Incluso en temperamentos más católicos, como el del poeta Donne, católico él mismo en sus comienzos y como permeado de espíritu católico durante toda su vida, se halla latente esta actitud. Donne se asusta cuando llega el caso y afirma que “el vagabundo incorregible está más lejos de todas las vías de santidad que el rico más corrompido”. Yo no sé si lo que esto refleja tendrá mucho que ver o no con lo que Macaulay nos cuenta de Enrique VIII cuando habla de las monarquías absolutas y de las limitadas: “Que no encontró oposición para enviar ni a Buckingham y Surrey, ni a Ana Bolena o lady Salisbury al cadalso; pero cuando, sin consentimiento del Parlamento, demandó de sus súbditos una contribución que no llegaba a un sexto de sus bienes, pronto hubo de echarse atrás. El grito de cientos de miles fué el de que eran ingleses y no franceses, libres y no esclavos” (5).

De los tiempos de Isabel arranca la visión inglesa de España, y de los de Felipe la española de Inglaterra. Para un inglés medio que no sabe nada de las cosas de este continente (y con seguridad el inglés ha sido el europeo que menos se ha interesado en Europa; recuérdese aquel significativo titular de un periódico en el que se anunciaba una espesísima niebla so-

(4) La obra aludida es el *Tratado de la Vanidad del Mundo*, Salamanca, 1576. La traducción de Rogers lleva por título: *A Methode unto Mortification called heretofore The Contempt of the World, and the vanitie thereof*, London, 1586.

(5) *The History of England from the accession of James II*, by T. B. Macaulay, cap. I.

bre el canal y que decía: "El continente, aislado"), España significaba poco más que el recuerdo la Armada; lo que había antes, alrededor, después y detrás de la Armada se ignoraba por completo. Por otro lado, Inglaterra tenía para el español más vivas razones de perenne actualidad; había cosas que no se podían olvidar, aguijones que si temporalmente amortiguan su virulencia, están dispuestos a reproducirla más enconadamente en cuanto se presente la ocasión.

En este estudio yo quisiera llamar la atención sobre un período de las relaciones hispano-inglesas en el que pasaron por una etapa de amortiguamiento y en el que se frustraron posibilidades de un entendimiento que hubiera salvado a Europa de muchos males. Es verdad que son aguas pasadas, y vanas las especulaciones que se pueden levantar sobre lo que no fué. La mente se complace en ellas, borra por un momento desastres y calamidades ocurridas después y contra ellos levanta un sereno edificio de claridad y concordia. En el transcurso del siglo XVII existió esa oportunidad; estuvo como suspendida en su primera mitad, oscilante, si se desprendía o no. No se desprendió, como todos sabemos, pero bueno es notar su misterio y su enseñanza.

Los ingleses sostienen a menudo, medio en serio y medio en broma, que las grandes cosas que han hecho las han hecho siempre no impulsados por sus Gobiernos, sino a pesar de ellos. Ello supone, por lo pronto, una posición paradójica de oposición y sumisión a la vez, o de contraria sumisión, si cabe decir tal cosa. Un pueblo contra un Gobierno que no está, sin embargo, contra el pueblo. Mejor cabría caracterizarlo como la de un Gobierno que está al margen de un pueblo y dispuesto a recoger los frutos oportunos de la activi-

dad de dicho pueblo, actividad que él formalmente no favorece. Considérese la calidad y eficacia política de tal instrumento; su facilidad de aprovechar cuantas ocasiones se presenten y desechar las que no convengan. De lo que hay que prescindir definitivamente para interpretar las acciones inglesas es de toda idea de plan, de programa, de pensamiento rígido presto a ser aplicado, sea como sea y cueste lo que cueste; tal cosa no cabe. La palabra programa aplicada a la política le es al inglés, como le era a Unamuno, antipática. De ahí lo que se estima como falta de previsión y que no cabe que lo sea, puesto que cuando las cosas se hacen sobre la marcha, la acción no previene, sino que improvisa. Esto explicará hasta cierto punto que toda la política inglesa haya consistido siempre en consolidar lo provisional sin quitarle su carácter de provisionalidad. Con ello se halla relacionado el tradicionalismo típico del inglés, aunque parezca paradójico: hay que conservar cuidadosamente aquello que nació como un expediente provisional hasta que se sustituya, sustitución que nunca tendrá lugar de una manera absoluta. Aquí falla la lógica; pero dejémonos de lógicas tratando de estas cosas. Hay otro punto paralelo a éste que conviene tener en cuenta antes de seguir adelante y que ha viciado toda la interpretación española de la política inglesa. Me refiero al sentimiento aplicado a relaciones entre naciones. La diferencia psicológica es aquí punto menos que infranqueable: que cosas que a un español le echan a arder la sangre se la dejen tan fría a un inglés. Un inglés no comprenderá, por su parte, que el sentimiento tenga nada que hacer donde no desempeña papel alguno, y se explica que ese sentimiento tenga por contrapartida otro opuesto: la

crueldad, por ejemplo. Aplicado esto a la esfera de relaciones internacionales, produce una zona irreconciliable donde el diálogo era apenas posible.

El reinado de Jacobo I supone un alto en el precipitado camino de oposición que llevaban las políticas de los dos países. En él se decidió ya sin esperanza su suerte definitiva por lo que respecta a sus relaciones mutuas. El hecho externo que cifra esperanza y fracaso fué el enlace de Carlos I y María de Austria, enlace al cual se supeditaba la inteligencia. Aquí y allí andaban las cosas al revés: lo que aquí favorecía el pueblo no era mirado con tan buenos ojos arriba; lo que allí favorecían en general las altas clases no era bien mirado por el pueblo. Como dice Howell en una de sus cartas, "Inglaterra es mirada ahora en España con mejores ojos que de ordinario. En este punto los pulsos de España latén de una manera inversa a los de Inglaterra, donde el pueblo se opone al enlace y la nobleza, con la mayor parte de la clase media, lo favorece" (6). En estos favorecedores encontramos los primeros hispanizantes, los primeros sentimentales acerca de nuestro país, que lo van dando a conocer y borrando en lo posible las negras tintas de que venía rodeado su nombre. Es cierto que a este resultado contribuyeron en no poca medida la débil voluntad de Jacobo I y la fuerte de nuestro Gondomar, que se hallaron a medio camino. Expresión de la primera fué el Tratado de paz de 1604, cuyo espíritu interpretó tan curiosamente Eduardo Grimstone en la continuación que escribiera a la traducción que hizo del francés Mayerne Turquet en su *Historia General de España* (Londres,

(6) *James Howell's Familiar Letters*, sec. III, carta VIII.

1602): "Si el Rey D. Felipe, de gloriosa memoria, intentó alguna acción contra Inglaterra, y la Reina Isabel, contra los dominios de España, se debió más a humores personales que a razón de Estado. Una tumba debe enterrar a la vez sus cuerpos y sus pasiones. Los sucesores heredan la grandeza y poder de quienes les precedieron, pero no están atados a sus desig- nios, cuyo fin no es otro que la ruina mutua." Esto era evidentemente falso, y por eso la paz fracasó; lo cierto era la existencia de una zona de buenas vo- luntades que en la empresa de esta inteligencia gas- taron sus armas. En la historia es siempre más fácil ver diferencias que semejanzas. Por eso tienden a pa- sar inadvertidos ciertos hechos que contribuían a establecer un fondo común. Me refiero concretamen- te en este caso al respeto a la institución monárquica, que era general y que subsistía en medio de tan gran- des enconos y ponía tope a otros mayores. Aunque pue- dan exhibirse ejemplos contrarios, siempre será sig- nificativo el tratamiento de Isabel por Cervantes en su *Española Inglesa* y el de Enrique VIII por Calde- rón en su *Gran Cisma de Inglaterra*. El primero es tanto más notable tanto cuanto sale de la pluma de un contemporáneo de la Armada. El hecho era general y no afectaba exclusivamente a Inglaterra.

En lo que sigue vamos a ofrecer ejemplos de es- tos dos tipos de opinión, la popular y la aristocrática, que mostrarán por su contraste el alcance de la lucha entablada. La mayor parte de ellos son testimonios co- nocidos, aprovechados por cuantos han escrito sobre la época.

Los libelistas antiespañoles no se dejan impresio- nar por el rumbo que el advenimiento de Jacobo I ha-

bía señalado a la política española de Inglaterra; al contrario, este rumbo enconca sus sentimientos. Siguen siendo el pueblo al margen del Gobierno, actuando por su cuenta hasta donde le era posible. Persisten en ver dondequiera la mano de España tramando conspiraciones para conseguir el dominio universal, discutiendo con obstinación los títulos españoles sobre las Indias y pidiendo carta blanca para los navegantes. Tomemos, por lo pronto, a un Lithgow, que viaja por España en aquellos años, y veamos cuál es la opinión que de nuestro país difunde a su vuelta. Lithgow no era más que un viajero, con la vanidad de casi todos los viajeros profesionales y los prejuicios de un contemporáneo de la Armada; tipo curioso e inquieto, cuyos títulos a la celebridad no son literarios ni políticos. Radican en el hecho de ser el primero, o uno de los primeros, que en Europa hablan del café y de los baños turcos. Escocés hasta la medula, fué viajero “porque tenía infundido el espíritu vagabundo común a sus compatriotas”. Así, cuando contempla sus piernas y pies inútiles tras el tormento a que fué sometido en Málaga, dice con una melancolía muy del seiscientos: “Yo, cuyas piernas y pies no podía contener el universo entero, los veo ahora aprisionados en estos galletes e hierros, en un cuerpo de distancia, sobre un suelo empedrado.” Y en seguida el grito de su siglo, seguido por otro que era un eco del anterior: “¡Oh loco orgullo, oh destructora ambición y vaporosa curiosidad!.. Feliz hubiera sido, tres veces más feliz, con la vida de un pastor.” A tal estado le condujeron las aventuras de que da cuenta en su libro de viaje, *El Discurso total de las extrañas aventuras y dolorosas*

peregrinaciones de diez y nueve largos años (7), publicado por primera vez en su forma completa en 1632. La impresión que le produce España es penosa: "Una masa de montañas, un suelo desierto y mal cultivado, poco habitado y populoso; por el contrario, tan despoblado, que en el mismo corazón de España he andado diez y ocho leguas (dos días de jornada) sin ver casa o aldea, excepto dos ventas. Triste cosa es viajar por España". Esa misma pobre impresión que le produce el aspecto físico le produce el moral. Por una desgraciada confusión, Lithgow fué encarcelado en Málaga acusado de espionaje. Achacó sus desdichas en la portada de su libro y en su contenido a la Inquisición, si bien ésta, tuvo que hacer poco en el asunto. Lithgow, que tenía mucho de pícaro, quiso hacer propaganda de su "martirizada anatomía" ante toda la corte.

Esa misma impresión de España es la que trata de crear Thomas Scott, el cual, si nunca estuvo en la Península, hizo de su vida una campaña contra ella, y que representa mejor que nadie el obcecado punto de vista insular, respecto a nuestra Patria, en los innumerables folletos que publicó entre 1620 y 1626, que contienen muy curiosas noticias, utilizadas abundantemente por los historiadores de la época. Las ideas de Scott respondían a las del inglés medio, que veía con desconfianza los manejos de Gondomar en la Corte de Jacobo I. Su actitud (y esto tiene aplicación al resto del grupo), más que antiespañola, era anticatólica. Es sabido que entre lo católico-español y lo francés se establecía una diferencia. Donne ofrece sobre este pun-

(7) *The Totall Discourse of the Rare Adventures and Painfull Peregrinations of long nineteene yeares*, London, 1632.

to un testimonio muy repetido. “Es católico —dice—, pero un católico francés, y el catolicismo francés es, señor, como el terciopelo francés: una religión bien floja que se gasta pronto, y no el catolicismo tres veces macizo de Italia y España” (8). Georges Herbert ofrece otro menos conocido, esta vez contraponiendo Italia y España, en su *Jacula Prudentum*: “El hombre ha de vivir en Italia, que es un lugar de placer; pero ha de morir en España, donde se dice que la religión católica es profesada con gran rigor.” Entre lo católico y lo español se establecía, pues, una identificación completa. Tomemos uno de los folletos de Scott, por ejemplo, el que lleva el largo título que sigue, y que como se verá no tiene desperdicio: *La segunda parte de Vox Populi, o Aparición de Gondomar disfrazado de Maquiavelo en un Consejo español, donde se descubren sus traidoras y sutiles mañas para la ruina, tanto de Inglaterra como de los Países Bajos; fielmente traducido del ejemplar español por un hombre de buena voluntad hacia Inglaterra y Holanda* (9). La portada contiene un gracioso retrato de Gondomar y el interior un grabado donde aparece reunido el Consejo español, compuesto de diecisiete personajes sentados alrededor de una mesa, y al fondo un dosel, por uno de cuyos lados se asoma el inspirador de la reunión, el diablo. Van hablando los distintos consejeros. Braganza expone que, en tanto que en los antiguos tiempos era proverbial la fidelidad española —“Fe y de España”—, en los presentes su nombre va ligado a los

(8) De una carta a G. Gerrard incluída por Gosse en su *Life and Letters*, pág. 238 del vol. 2.

(9) La primera parte de este folleto fué prohibida por orden real.

innobles calificativos de "falsa, ambiciosa, orgullosa y cruel". A ello objetó Gondomar que sufrir tales dicterios por la causa católica del Rey católico "es más un honor que un oprobio". Luego, el conde va exponiendo su teoría acerca de las causas que mueven a los ingleses a la guerra; hace referencia a la gran afición que a la lengua castellana se iba desarrollando en Inglaterra, donde todo el mundo le pedía profesores y se disputaba sus criados por ese motivo. Se refiere al odio del pueblo inglés hacia España, y lo explica por la oposición entre norte y sur. La primera parte de este folleto, o *Noticias de España*, publicadas en 1620, da cuenta de la afición tan conocida de nuestro embajador a los libros, y llega a afirmar que ni la biblioteca de Causabon ni los manuscritos del famoso sir Thomas Bodley hubieran escapado de sus manos si él "hubiera tenido en aquella ocasión su oficio". Uno de los reproches que Scott hace a los españoles, y en esto no es único, es el de su ascendencia judía mora, especialmente los nobles. Como se ve, el carácter de los libelos de Scott es esencialmente propagandístico; sus efectos habían de ser tan rápidos como seguros. Sorprende la perfección con que estaban montados los servicios de la propaganda antiespañola. Como Scott, pudiéramos citar nombres y títulos de innumerables libelistas de la época.

Lo peculiar de la situación lo demuestra mejor que nada el caso de los Wadsworth, padre e hijo, pastor el primero, protestante, converso al catolicismo cuando acompañaba a sir Charles Cornwallis en su misión a España, familiar de la Inquisición en Sevilla más tarde, defensor de España como "la mejor parte de la cristiandad"; en tanto que su hijo sigue una trayecto-

ria inversa completamente, ya que, aunque educado en Madrid y St. Omer por los jesuítas, llegó, tras curiosas e innumerables aventuras, a renegar de su religión y escribir un folleto donde ataca duramente a sus antiguos correligionarios. Una carrera parecida nos ofrece Lewis Owen, novicio fingido, que acabó por escribir folletos tales como el *Speculum Jesuiticum*, sátira burda y desaforada de la vida de San Ignacio. Como contrapropaganda a tanta propaganda antiespañola cabría citar en esta línea el gracioso folleto que lleva por título *La Rosa hispano-inglesa*, o *La Granada anglo-española*, donde la adulación llega a límites alarmantes. En efecto, es alarmante oír llamar a Gondomar en inglés cosas como "flor de Occidente, delicia de España, vida del ingenio y luz de prudencia" en la dedicatoria. La doble portada exhibe un precioso grabado en el que Cristo aparece bendiciendo a Carlos I y a María, unidos por las manos.

El grupo de hispanizantes no tuvo una propaganda tan procaz y, por tanto, tan eficazmente servida como la de los libelistas. En cambio, su importancia literaria es mayor. Este grupo está compuesto o por católicos que aspiraban al restablecimiento de la Iglesia en Inglaterra y que encontraban en España el mejor apoyo para sus pretensiones, ya por anglicanos que pretendían llevar su sentido del compromiso más allá de las fronteras nacionales y asegurar de este modo la paz de Europa. Sus esfuerzos se dirigían hacia un franco acuerdo entre las potencias católicas y protestantes, aleccionados como estaban por más de un siglo de luchas e impresionados por el giro de los acontecimientos de la misma Inglaterra. Con este compromiso no creían poner en peligro su sinceridad religiosa

como anglicanos. Su fórmula podría ser la de sir Thomas Browne: "Nos hemos reformado de ellos, no contra ellos." Se advierte en el grupo el gesto cansado del seiscientos, la creencia de que no valía la pena prolongar un estado de cosas que tantos desastres había acarreado. Estos dos grupos coincidían en su interés hacia España y las cosas españolas, aunque lo encaminaran a fines distintos: interés de tipo primordialmente religioso en los católicos y de tipo primordialmente político en los segundos. Así, los primeros tienen contacto en la literatura española mística o ascética, en tanto que los segundos se interesan en obras profanas literarias. Estos últimos son los que nos interesan ahora.

Aunque las noticias que sobre España nos da James Howell en sus diversas obras tienen más bien carácter periodístico que propiamente histórico, no por eso dejan de tener gran interés. Howell es uno de los primeros ingleses sentimentales de España. "Quisiera enviarte mi afecto con un rayo de este sol...; sabes que estos claros horizontes de España me los proporcionan en abundancia" (10), escribe desde Madrid a Thomas Porter, otro hispanizante del grupo. Howell recoge donde encuentra, confesándolo o sin confesarlo. Así en sus *Instrucciones para viajar por el extranjero* saca buen partido al libro de Carlos García, *Antipatía de españoles y franceses*, libro muy del tipo de los que interesaban a Howell y a un público fácil. Frente a tanta acusación de pobreza y esterilidad defiendo a España, "que no cede a ninguno de sus vecinos en calidad y sí solo en abundancia". Y continúa: "De-

(10) Obra cit., sec. VI, carta LXXI.

jar que el francés se gloríe en su país, como del más rico bordado de la Naturaleza sobre la tierra, cuando el español bebe mejor vino, come frutas mejores, usa más fino ropaje, lleva una espada mejor al cinto y va mejor montado que él." Las noticias literarias españolas de Howell son interesantes por ser una de las pocas indicaciones de primera mano que sobre la materia existen en la Inglaterra del XVII. He aquí la cita completa, que muestra bien, por otra parte, el carácter errático de las informaciones de Howell: "Mariana, Acosta y Alvarez son los cronistas más fidedignos de España por lo que hace a la historia moderna. Lope de Vegas (*sic*) dará buen entretenimiento en verso. Guevara, en prosa pura... Ni se distraerá aquí el lector con la confusión de autores que se advierte en Francia y en otras partes, porque los españoles escriben rara, pero profundamente, y de una manera muy distinta a la de otras naciones de la cristiandad, lo que prueba que se mezclaron mucho con los moros." La información, como se ve, es bien reducida y bien inexacta por lo que a la caracterización de la literatura peninsular se refiere. Es digno de notar que no mencione a Cervantes u otros novelistas muy conocidos a la sazón en Inglaterra y que, en cambio, traiga a colación a Guevara, cuyo ascendiente en las letras inglesas iba de capa caída cuando Howell publicara sus *Instrucciones*, aunque todavía hallara algún introductor posterior a ellas. La autoridad de Mariana era reconocida en Europa entera, y en cuanto al ilustre jesuita José de Acosta, es quizás el nombre español que más a menudo se encuentra en obras inglesas de aquella época. También contiene algunas noticias literarias su *Nueva Gramática Inglesa* y sus mucho más conoci-

das *Cartas Familiares*. En la primera, con motivo de una visita a Salamanca, se hace mención del puente "del cual habla Lazarillo de Tormes y de la casa de Celestina". En las segundas, escribiéndole a Thomas Porter, le relata, o finge relatarle, puesto que las cartas no son auténticas, la llegada del Príncipe D. Carlos a Madrid y le copia los conocidos versos de Lope de Vega "Carlos Estuardo soy...", entre "los muchos excelentes poemas hechos aquí (Madrid) desde la llegada del Príncipe" (11). En otra ocasión envía el propio Porter los epitafios de Lope sobre Enrique VIII e Isabel, absteniéndose, como era de esperar, de los dos que le siguen inmediatamente en las *Rimas*, los de María Estuardo y Tomás Moro. "No se puede echar en cara a los españoles el que satiricen a Isabel; nunca hablan de ella sin encogerse de hombros" (12). Probablemente uno de los dos epigramas que cita a continuación sirvió de fuente al que dedicó el conde de Rochester a Nell Gwinne. Alguna otra referencia literaria pudiera añadirse; pero de momento nos interesan más sus opiniones políticas. Pertenecía Howell al grupo del conde de Bristol, John Digby, quien no veía razón alguna para que la diferencia de religión separara a Europa y quien perseguía apasionadamente una inteligencia entre Inglaterra y las potencias católicas como base segura de la paz. Si en alguna ocasión señala como máxima a seguir por Inglaterra aquella de "Decrescat Hispanus, ne crescat Francus", en otras muchas aboga por un franco entendimiento con España, considerando el casamiento con la Infanta me-

(11) *James Howell's Familiar Letters*, sec. III, carta XVIII.

(12) *Idem* id., sec. VII, carta LXXI.

jor que la pólvora española y sus “mercancías mejores que sus guerras”. “Ni hay país —continúa— que le pueda hacer a Inglaterra menos daño y más bien que España, si se tiene en cuenta el mucho comercio y riqueza que por este medio pudiera obtenerse” (13). Defiende al Rey de España diciendo que aunque los franceses “comparan su monarquía a una capa de mendigo, ya que está hecha con retazos, son retazos en verdad, pero como los que ellos no tienen. Las Indias son un retazo bordado con perlas, rubíes y diamantes; Perú, con oro macizo; Méjico, con plata” (14). La sección XI de las *Instrucciones* contiene la siguiente curiosísima aseveración que los hechos han tornado profética: “La potencia del noreste de Europa está contrapesada entre Dinamarca, Suecia, Polonia, etcétera, y el resto, entre Gran Bretaña, Francia y España; en cuanto a Alemania e Italia, por estar su poder esparcido entre tantos, sirven sólo para contravalancearse ellos mismos, ya que si tuvieran un monarca absoluto cada uno resultarían formidable para los demás.”

Lithgow representa la visión extranjera de una España picaresca, exagerada e incompleta, en tanto que Scott personifica el tipo del propagandista religioso-político, ciego y sin razones. Frente a estos dos nombres, el de Howell y algún otro que no sería difícil añadir, representa la opinión cortesana y aristocrática en Inglaterra. La tendencia que él exponía en política tenía un paralelo en la obra de introducción

(13) *James Howell's Familiar Letters*, sec. IV, carta L.

(14) *Idem* íd., sec. III, carta XXXII, que contiene: una reseña de la Monarquía española, de la conquista árabe, de la expulsión de los moros por los Reyes Católicos, la grandeza de España, la riqueza de la Iglesia y las características del español.

definitiva de nuestras letras, que tiene lugar en este siglo merced a una serie de traductores entusiastas a quienes no arredran las dificultades y entre los cuales se encuentran Mabbe y Felton en la novela; los adaptadores de nuestro teatro, como Beaumont, Fletcher y Digby; de nuestra poesía, como Stanley y Fanshaw, que no se detienen ante Góngora, sin pasar por alto los de libros ascéticos, anglicanos y católicos; la popularidad de ciertos libros ascéticos fué cosa tan normal, que alguno de Nieremberg, por ejemplo, ha podido ser atribuído, durante cerca de dos siglos, a Taylor, sin que hasta mediados del pasado se haya levantado la liebre. La polémica teológica, que respaldaba a la política, inducía a un conocimiento y a una curiosidad hacia el adversario, conocimiento y curiosidad que significan siempre una aproximación. El número de teólogos españoles en las obras polémicas del tiempo es quizás más considerable que el de ninguna otra nación. Todos estos extremos contribuyen a crear una atmósfera de acercamiento, que fatalmente hubo de derrumbarse con el fracaso de la dirección que el anglicanismo había tomado en los tiempos de los dos primeros Estuardos; fracaso que no reparó la vuelta de Carlos II.

Intencionadamente hemos omitido de este cuadro una minoría excepcional, atada a nosotros por los sólidos vínculos religiosos, cuyas esperanzas se frustraron al par que las nuestras, pero que nos negó pocas veces su colaboración: me refiero a los católicos, que bien merecen una atención más detenida.

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS.